

# Nuestros Profesores de Idealismo en América

JULIO R. BARCOS

APUNTES PARA UN ENSAYO CRÍTICO SOBRE LOS VALORES NEGATIVOS Y POSITIVOS DE NUESTRA CULTURA INDO-ESPAÑOLA

Las dos carátulas.—Lo peor que puede sucederle a un intelectual es no comprender el mundo y la época en que vive.

## X

**E**N mi artículo anterior he dibujado a brocha gorda «la carátula romántica» de nuestra cultura hispanoamericana. Y para no cernirme en el mundo ambiguo de las especulaciones abstractas, he citado el ejemplo de nombres propios de alta reputación como los de Rodó, Lugones, Ingenieros, Rojas y García Calderón. Quiero hacer hoy lo propio con «la carátula realista» diciendo, no solamente cuales son los ideales vividos ya por las generaciones difuntas, sino cuáles son en nuestro continente los tipos representativos de estos ideales. No es el pesimismo barato del ególatra descontento lo que mueve mi pluma al hacer la fiel pintura de nuestra paupérrima cultura suramericana basada en un siglo de trasnochado romanticismo trovadoresco, a usanza del viejo teatro español inventado por el clásico autor de «La Vida es Sueño». Si la podre del pesimismo, que es el microbio de la muerte, estuviera royendo mi cerebro, antes preferiría cortarme la mano que escribir dos líneas para el público. Algún día habrá casas de aislamiento para los pesimistas como las hay hoy para las epidemias infecciosas, porque nadie tendrá derecho a contagiar al prójimo las enfermedades del cuerpo ni las laceras del espíritu. Yo no escribo por escribir, por ociosidad, por matar el tedio de la vida inútil o por ponerme en escena ante el aburrido mundo de los literatos como un engallado tenor de ópera, que suelen ser las únicas razones por las cuales escriben el noventa y nueve por ciento de los gramómanos sudamericanos. Mi pluma no es

decorativa, sino evangelizadora. Desacreditar la literatura decorativa, los escritores decorativos y los talentos decorativos que tanto han contribuido a embrutecer los pueblos de América, es la misión piadosa que me impongo al escribir esta serie de ensayos críticos con el objeto de alentar a las gentes mozas de ideas renovadoras que veo surgir en todas nuestras repúblicas, llenas de confianza en sí mismas, limpias de complicidad con el pasado, inexorables con las iniquidades y los errores codificados que nos fueron transmitidos automáticamente de padres a hijos durante veinte generaciones, respetuosos de las supremas libertades humanas a la vez que irreverentes con todo lo que está en ridículo en el mundo por caduco y anticuado. Todo el que aspire a ser un hombre—dice Emerson—debe ser un no conformista. Y parodiando a otro escritor español, yo digo que todo el que no tenga «sprit moutonnier» debe andar por el mundo con un bolsillo lleno de respetos y otro lleno de falta de respetos. Quiero poner frente a frente dos generaciones que han entendido de diverso modo la vida. La de los románticos, imbuídos en un sentimentalismo hueco, vacíos de humanidad, escépticos que niegan la religión del esfuerzo y creen a pie juntillas que el hombre ha venido al mundo a hacer frases; y la de los que creemos, por el contrario, que la vida es bella o fea, libre o esclava, fecunda o estéril, según nuestra capacidad moral de auto-mejoramiento o auto-empeoramiento para hacerla buena o mala. Porque no hay que olvidar que la sociedad humana empieza en el individuo, y que ese individuo somos cada uno de nosotros. Cuando acuso a los intelectuales de América de no tener ideales y de constituir una enorme fuerza negativa para la evolución social y espiritual del continente, no digo una herejía

ni levanto un falso testimonio. A la vista de todo el mundo está el papel vergonzante que desempeñan, por regla general, en la vida pública los intelectuales de nuestra raza. En vez de ser ellos los «señores» de la democracia americana, han sido, casi invariablemente, los «siervos» con delantal blanco de los tiranos. Y el autor sueña con que los hombres de pensamiento sean en esta joven América quienes asuman «virtualmente» el gobierno de la sociedad. Por eso es necesario desacreditar el «olimpismo» de los megalómagos y arrebatarse las inteligencias jóvenes y sanas al idiotizante «budismo intelectual» en que hemos vivido engolfados durante cien años como los chinos con el opio. ¡Qué de personalidades originales fuertes y simpáticas veremos surgir con la nueva era, todos los días, en el proscenio de nuestra retardada América Española, donde hay tantas cosas grandes, nobles y hermosas por hacerse que están pidiendo a gritos hombres de sesos y de voluntad enérgica para emprenderlas.

Todo está por hacerse entre nosotros, todo lo que ya han realizado los pueblos que viven la civilización del siglo XX, mientras nosotros andamos gateando todavía en la infancia del siglo XIX. Tiempo es ya de que salgamos del éxtasis contemplativo de la vida ociosa y muelle, más propio de he-tairas orientales que de hombres viriles, para pasar a la vida dinámica, integral del cuerpo y el espíritu en todas sus formas potenciales: amor, trabajo, pelea, creación e irradiación constante de nuestra personalidad. ¡Basta, por Dios, de cotarras literarias sin alma y sin rumbo en la vida, que con el paludismo y la uncinariasis forman parte de nuestras epidemias americanas. Ya hemos poctadó bastante, señores; es tiempo de que salgamos del infantilismo cerebral de los ridículos torneos literarios que han hecho de cada sudamericano un Crespo de la frase y un mendigo de las ideas, para entrar al formidable torneo ideológico que afecta a la entraña misma de los problemas sociales de nuestra época, que abandonemos a los retóricos brillantes por los pensadores preñados de optimismo, a los taumaturgos vanidosos del arte por los sacerdotes sinceros de la vida, que nos redimamos en suma, de la enfermedad que mató a España, el palabrerismo, para entrar a la vida real, enérgica, laboriosa y fecunda, mezclándonos sin cobardía al torrente de las grandes contiendas humanas que nos solicitan, que nos arrastran hacia lo heroico intelectual como una nueva marsellesa. Bien

venidos sean en América todos los reformadores, aun cuando no siempre participemos de sus doctrinas, porque ellos nos traen al menos un soplo de realismo intelectual que nos hará arrojar nuestras muletas de inválidos, sumidos en un tembladeral de supereherías e imbecilidades típicamente nuestras, para avanzar rápidamente al porvenir, nivelándonos primero con Europa y superándola después, no en «cultura» propiamente, que es lo que atesoran los hombres viejos y los pueblos viejos, sino en el fervor de humanidad, traducido en redenciones humanas, es decir, en victoriosas conquistas de vida: la higiene pública, el pan del pueblo, la libertad individual, el alfabeto, el trabajo redimido, la alegría para todos, la supresión de las plagas en forma de microbio o de bimano, la supresión del paria por la supresión del amo.

Cuando podamos decir: en América no hay parias, no hay tiranos, no hay división de clases, no hay guerra de religión, no hay analfabetos, no hay esclavos industriales, no hay mujeres desamparadas ni niños abandonados, estaremos a la cabeza del mundo. ¿Utopía? No, señores románticos. Ese es el «ideal realista» de la nueva democracia. Deje usted por un momento su papel de pavo real, que el drama de la vida se está poniendo muy serio, asómese al mundo y observe un poco cómo la ola roja del bolsheviquismo va invadiendo paulatinamente toda la Europa. ¿Cree usted que ella no nos alcanzará a nosotros, porque— como dicen nuestros deslumbrados doctores—: Oh! en América no hay todavía problemas sociales!? Deje usted los «clásicos» y los «modernistas» en el fondo de los anaqueles y corra usted a la biblioteca de los grandes pensadores modernos que están empujando el mundo hacia adelante, si no quiere vivir boyando como el corcho en el pedantesco mar de la insignificancia. ¿Quiere usted conocer de cerca los grandes y saludables maestros de vida de nuestra raza que saliéndose de las especulaciones abstractas nos han enseñado a tender un puente entre la utopía y la realidad para la acción constructiva de los ideales renovadores?

Sólo escogeré tres tipos complementarios para este objeto: Alberdi, apóstol del cosmopolitismo, frente al epopeyismo nacionalista de los retóricos que representa en la obra arquitectural de la democracia sudamericana el «criterio político-económico»; Sarmiento, aplicador de los métodos civilizadores para transformar a un pueblo de

costumbres bárbaras en país civilizado, que representan el criterio pedagógico-social, y Agustín Alvarez, el criterio moral psicológico. Tomo de ejemplo a tres argentinos, porque lo que cada suramericano conoce mejor es un su aldea intelectual y sobre todo, porque cada uno de estos países tiene en su vecino un espejo donde mirarse.

## XI

### Juan Bautista Alberdi, Apóstol del Cosmopolitismo

Alberdi es en la América del Sur lo que Spencer en Europa, un precursor de la Sociología contemporánea basada en la evolución y el determinismo.

Con la diferencia de que Spencer era el fruto ópimo de la cultura científica del viejo Continente en la segunda mitad del siglo XIX, y Alberdi fue el fruto prematuro y exótico de nuestra América semi-bárbara de la primera mitad de la pasada centuria. Si durante la larga tiranía de Rosas no hubieran existido en la Argentina dos hombres de temperamento opuesto pero igualmente iluminados y combativos en el fondo de su alma, empeñados en fundar una democracia efectiva tan pronto se derrocara al tirano, el vencedor de Caseros no habría encontrado entre los hombres de aquella época quienes le ayudasen a organizar de manera estable políticamente la República y estaríamos los argentinos, posiblemente, debatiéndonos entre las zarpas del despotismo militar o el teocrático como les sucede todavía a otras repúblicas del Continente. Esos hombres a que me refiero eran dos emigrados refugiados en Chile: un abogado que había rehusado recibir el grado de doctor en leyes de las manos tintas en sangre del gran mazorquero, y un maestro de escuela fugado de la prisión, salvándose milagrosamente de ser linchado en ella, en cuyas paredes dejó estampado este famoso cartel de desafío para los déspotas: «bárbaros, las ideas no se degüellan». Aquel abogado se llamaba Juan Bautista Alberdi y aquel maestro de escuela Domingo Faustino Sarmiento.

Alberdi por la claridad de su genio y Sarmiento por la intrepidez formidable de su carácter fueron dos hombres absolutamente superiores al escenario social y la época histórica en que les tocó desplegar el vuelo de su genio. Alberdi fue más bien un espectador de los fenómenos políticos y sociales que se desarrollaban a sus ojos: representaba el alto sentido crítico, mientras Sarmiento fue antes que todo un combatien-

te extraordinario, inflamado de espíritu civilizador, dispuesto a luchar a brazo partido con la barbarie hasta vencerla. Alberdi era más grande que Sarmiento como genio crítico. Sarmiento era más grande que Alberdi como genio dinámico. Tanto se anticipó Alberdi en sus ideas políticas, que aún hoy son ellas inactuales, esto es, antípodas a la cultura burguesa y patriotería de su país.

El mote de «anarquista» aplicado por la opinión conservadora más de una vez, dará idea del terror que inspirarían, en una sociedad moldeada por teólogos y retóricos como era hasta hace cuarenta años la sociedad Argentina, el realismo político y ético de un hombre que se adelantaba en estas ex-provincias de España a las teorías filosóficas de Spencer. Como me progongo escribir después de estos artículos de tesis general varios ensayos individuales sobre nuestros profesores de idealismo en América, para dedicárselos al señor Pío Baroja, no quiero ocuparme ahora sino de las ideas doctrinales, en grandes síntesis, de las tres figuras complementarias escogidas para este trabajo, Sarmiento, Alberdi y Agustín Alvarez, en oposición a las ideas románticas de Rodó, Lugones, Ingenieros, Rojas y García Calderón, de quienes me ocupé anteriormente.

Alberdi nos dió a los argentinos la armazón política del país al encargarse de escribir «Las Bases» de nuestra actual Constitución Republicana, Representativa y Federal. Pero nos dió algo más aleccionador y eficaz para gobernarnos que la «ley escrita», en la cual él no tenía mucha fe, nos dió el principio básico de lo que propios y extraños llamaban hoy en Sudamérica: el gran progreso argentino!

¿Cuál era y sigue siendo el ideal de estos países al declararse libres e independientes? Pues nivelarse con la civilización europea. ¿Y cuál era y sigue siendo el grande y agobiante enemigo de nuestro progreso? El desierto, en primer término, (nuestras repúblicas no son sino enormes territorios baldíos), y la pobreza como resultado de la despoblación—nos dice Alberdi.—¿Dónde está, entonces, el remedio? En poblar con gentes del mundo civilizado nuestro suelo. «Fusionar razas, trasplantar la civilización viva mediante la corriente inmigratoria, es hacer la civilización de los pueblos nuevos». «La civilización prende de gajos como la vida». Así hablaba Alberdi a los románticos estadistas criollos de su época. Sin grandes poblaciones no hay desarrollo de la cultura, no hay progreso considerable; todo

es mezquino y pequeño». Alberdi confiaba en la inmigración casi con fé dogmática. «Cada europeo que viene a nuestras playas —afirmaba— nos trae más civilización en sus hábitos que muchos libros de filosofía». Por supuesto, entonces como ahora, había en la Argentina nativos celosos de las aptitudes prácticas que para el triunfo de la vida en más alto grado que ellos poseía el elemento extranjero quienes con la grandilocuencia del patriotismo exaltado pedían la exclusión de éstos, pintándolos como un peligro social por la acción disolvente de sus ideas políticas y sus creencias religiosas. A estos les contestaba Alberdi con una razón de mil quintales de peso: «Si el argentino es tirano, muerte al argentino; si el extranjero es libertador, gloria al extranjero; el trono a las ideas, no a las personas». Alberdi entendía que estas tierras promisorias de América deberían ser las más libres y hospitalarias del mundo. Suyo es el artículo de la Constitución de mi país por el cual se establece que «el territorio argentino está abierto a todos los hombres del mundo que quieran habitarlo».

Verdad es que nuestros gobernantes más tarde, asustados por el avance del anarquismo, se han llevado por delante la Constitución del país como la res asustada se lleva por delante los alambros, y se han dictado leyes anti-constitucionales de expulsión para los obreros extranjeros que no piensan con el Gobierno. Por supuesto que la receta ha servido para empeorar al enfermo. Ya se van alumbrando, afortunadamente, un poco nuestros «estadistas» a la moderna, en lo relativo a la manera de encarar los problemas sociales. Pretender apagar los incendios con petróleo era procedimiento harto estúpido. El terrorismo oficial es tan peligroso como el terrorismo popular; así lo han demostrado los acontecimientos de los últimos diez años. Al crimen policial del primero de Mayo de 1909, en que la policía disuelve a tiros un mitin de trabajadores dejando un tendal de muertos y heridos en la calle más céntrica de Buenos Aires, le responde una bomba anarquista que acaba pocos meses después con la vida del jefe de policía, autor de la masacre. La inmigración que pedía Alberdi era «la inmigración espontánea, la verdadera y grande inmigración». «Por el sistema grande, largo y desinteresado—decía—que ha hecho nacer a California, por la libertad prodigada, por franquicias que hagan olvidar su condición al extranjero persuadiéndole de

que habita en su patria». «Por la tolerancia religiosa».

«Llamar a otras razas y negarles el ejercicio de su culto es lo mismo que no llamarlas sino por ceremonia, por hipocresía de liberalismo». Se ha hecho precisamente lo contrario en Suramérica. «Bajo el gobierno independiente ha continuado el sistema de la legislación de Indias que excluía del interior al extranjero bajo las más rígidas penas». «El artículo 27 de la Recopilación Indiana contiene 38 leyes destinadas a cerrar herméticamente el interior de la América del Sud al extranjero no peninsular. La más suave era la ley 7—que imponía la pena de muerte al que tratara con extranjeros—. La 9—mandaba limpiar la tierra de extranjeros en obsequio del mantenimiento de la fe católica—.» Todavía hay algunas repúblicas que se rigen en materia de moral social por este inicuo sistema.

Alberdi ha sintetizado en cinco palabras su credo de sociología práctica para el nuevo Continente: «En América gobernar es poblar». ¿A qué se debe el prestigio universal de este aforismo? A la experiencia de cuarenta años realizada por los gobernantes argentinos que se preocuparon sistemáticamente del fomento de la inmigración europea. ¿Cuáles han sido sus frutos al presente? Que nuestra miserable población de hace medio siglo ha aumentado en progresión aritmética y nuestra riqueza nacional se ha desarrollado—gracias a este aumento de población—en progresión geométrica. Es verdad que nuestra raza indo-ibérica no se ha mantenido pura—todavía hay papanatas con ribetes de sociólogos que lo lamentan—y que nos hemos ido mestizando cada día más, hasta el punto de que son pocos los tipos semi-indios que quedan en el país, y predomina, sobre todo en la Capital Federal, el tipo sólido, alto, apolíneo y fuerte de la más pura complejión europea y esa es la causa de que sea nuestra cosmópolis argentina la ciudad hispano-americana que más se parece en su fisonomía social a las grandes ciudades de Europa. El «cosmopolitismo» y no la chifladura de la «pureza étnica» (que en Sud América nos retrotraería a la veneración de nuestros tatarabuelos indígenas), es la fuente milagrosa del progreso para todos los pueblos nuevos del mundo.

¿Ejemplos? Mirad a los Estados Unidos y decid dónde está el progreso de la gran República de Lincoln, si en el Sur, rehacido al extranjero y a los ideales de renovación, o en el Norte, con su ciudad-mundo de Nueva York, mar donde afluyen todos los con-

fluentes de las razas, Babel donde se hablan todas las lenguas del bien y del mal de la civilización contemporánea, y volved luego los ojos a Buenos Aires, la ciudad de habla española más poblada de ambos Continentes, crisol inmenso donde se está fundiendo para el devenir una nueva raza y una nueva civilización, donde todo lo concerniente a la intensa y dinámica vida europea nos es relativamente familiar, desde los refinamientos del arte, las conquistas de la ciencia, el desarrollo de la industria, hasta los fenómenos sociales del bolsheviquismo, que son el contrapeso de la prepotencia capitalista en las actuales democracias plutocráticas de ambos hemisferios. Mestizarse, es decir, mezclar un producto inferior con otro superior, es atenuar las cualidades malas por la adquisición paulatina de las cualidades buenas. «Si un tonel de agua limpia y clara— para emplear el símil del mismo Alberdi— es vertido en otro de agua turbia, el efecto natural será que el agua turbia quedará menos turbia, y el agua limpia menos limpia». «Lo que con estas aguas, sucede con los pueblos de ambos mundos». «Todo emigrante europeo que va a América, deja allí su sello de civilización; pero trae en cambio el sello del Continente menos civilizado». Podrán vociferar todas las tonterías patrióteras que les ocurran, los que inconscientes del apellido y la sangre extranjera que llevan encima, protestan en mi país contra los peligros fantasmagóricos del cosmopolitismo. Pero el cosmopolitismo, yo lo declaro a gritos, es la única gran razón determinante del progreso argentino. Los casi tres millones de «gringos» que según el último censo forman la tercera parte de nuestra población son, más que nuestras generaciones de doctores y políticos criollos, inclusive los burócratas y los literatos, que forman la enorme clase parasitaria, quienes promueven el desarrollo de las riquezas materiales y morales del país, porque son quienes representan virtualmente las energías creadoras o propulsoras del capital y el trabajo. Todo lo que poseemos los argentinos se lo debemos al extranjero que nos trajo la civilización.

Capitales ingleses y franceses construyeron nuestras principales líneas ferreas, que son los que han hecho la unidad de la República mejor que todos los congresos, como lo pronosticara el gran Alberdi; manos italianas roturaron y cultivaron casi las dos terceras partes del territorio agrícola que constituyen la riqueza fundamental del país y edificaron la casi totalidad de las ciudades argentinas; educadores importados de

Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, formaron los planteles de nuestra instrucción primaria, secundaria y universitaria, y gracias, en resumen, a esta corriente de comunicación inter-continental, es que hemos llegado los argentinos a «europeizarnos en sangre y espíritu» en un más alto grado que aquellos otros pueblos de la raza que permanecen esclavos todavía del prejuicio provincialista contra el extranjero. Alberdi aspiraba además a sacarnos de «Quijotania», redimiéndonos de algunas de nuestras inbecilidades típicas, tales como el culto de la gloria y de los héroes militares, el hábito del lujo sin el hábito del trabajo, la industria negativa de la política, la enfermedad criolla del funcionarismo y otras cosas por el estilo que son entre nosotros factores positivos de empobrecimiento y atraso.

«Cada edad tiene su honor peculiar—dice—. Comprendamos el que nos corresponde.» «Ha pasado la época de los héroes; entramos hoy en la edad del buen sentido.» La guerra es un crimen en todas partes, pero mucho más en esta Sud América baldía, sostenía Alberdi. «La paz nos vale el doble que la victoria.» «La victoria nos dará laurelos; pero el laurel es planta estéril para Sud América. Vale más la espiga de paz, que es de oro, no en el lengüaje del poeta, sino en la lengua del economista.»

No se fiaba Alberdi de la Educación de los sofistas y teorizadores sin alma del clasismo predominante en nuestras escuelas y liceos corrientes. «Aviso importante a los hombres sud americanos—escribía en sus bases—: las escuelas primarias, los liceos, las universidades, son por sí solos pobrísimos medios de adelanto sin las grandes empresas de producción, hijas de las grandes porciones de hombres.» Profecía que se ha realizado.

Su afán era acrear los pueblos del interior a la costa mediante la navegación y el ferrocarril. «Con qué derecho mantener en la brutalidad lo más hermoso de nuestras regiones?» Ah, si hubiera seguido la República Argentina los consejos de Alberdi en materia de educación, cambiando nuestras fábricas de parásitos por las escuelas del trabajo del sistema racionalista y utilitario, cuánto más distante del punto de partida se hallaría la civilización nacional!

He aquí el consejo sabio de Alberdi para aquellos que quisieran cogerlo y aplicarlo. «La instrucción comercial, la enseñanza de

artes y oficios, los métodos prácticos de labrar la tierra y mejorar las razas de animales útiles, el gusto y la afición por las artes mecánicas, deberá ser el grande objeto de la enseñanza popular de «estas sociedades ávidas de gloria frívola, salvaje, de matar a hombres que tienen opinión contraria, en lugar del honor de vencer la naturaleza inculta y poblar de ciudades el desierto.»

No quiero seguir adelante con las ideas realistas, videntes y lapidarias de Alberdi,

porque ellas darían materia para un libro de muchas páginas. Creo que basta colocar las expuestas en un platillo de la balanza de la crítica, poniendo en el otro las ideas románticas de los falsos idealistas que glosé en el artículo anterior, para comprender en seguida cuáles son de más densidad, peso y volumen, si éstas o aquéllas. Y como ya me he extendido más de lo descable en este artículo, dejo para completarlo, en el próximo número, el análisis comparativo de las ideas de Sarmiento y Agustín Alvarez.



# Figuras del Proscenio

## Bob Smillie:

El más brillante líder del partido Laborista de Inglaterra

**N**O existe ninguna figura hoy en el agitado mar de la política inglesa que pueda medirse, en bien ganados prestigios morales e intelectuales, con este caudillo de los obreros ingleses, a quien sus corregilionarios consideran como un estadista de dotes superiores a las de Lloyd George.

Mr. Smillie es la conciencia y el alma, hoy día, de la gran federación de mineros, que es la más poderosa unión obrera que existe actualmente en el mundo.

Smillie hace y deshace figuras del Parlamento y—según leemos en el «London News»—podría, con una sola palabra, echar al suelo hasta la misma formidable combinación política acaudillada por Lloyd George. Su profesión es la de minero. Siendo muy muchacho, ingresó en una gran fundición en carácter de aprendiz y puede decirse que no ha tenido absolutamente ninguna escuela. Es un hombre sobrio de palabras, acerca de cuya seriedad, un si es no es melancólica, la prensa conservadora suele dedicarle chistes de mal gusto.

Las dos circunstancias que explican su popularidad sin precedentes en el mundo obrero de Inglaterra son: su integridad a toda prueba, y su genio para todo lo que signifique organización. Financieramente, nunca ha tenido nada suyo, a excepción de su jornal de minero, y, en opinión del «London Post», nunca tendrá nada. Fué educado en un ambiente de extrema pobreza y está hecho ya a no darse cuenta de las privaciones. Apenas había aprendido a leer y a escribir cuando tuvo que dejar la escuela pública por el taller, y si ingresó luego

en las filas de los mineros, no fue por otra cosa sino por buscarse una remuneración decente. Pero en esto no triunfó, pues vivió muchos años trabajando desesperadamente, sin poder proporcionarse jamás el lujo de poseer más de un traje nuevo por año. Por mucho tiempo toda su alimentación consistió en pan negro mojado en té. Vivía con otros seis compañeros de faena en un mal cuartucho, donde turnaban en el lavado de la cocina y se servían de una pequeña tina como baño colectivo, cambiando el agua sólo cuando el líquido estaba tan sucio que en lugar de lavar ensuciaba más.

Mr. Smillie empezó su labor de agitador entre la gente acomodada. Tenía él la idea, según nos lo refiere un cronista, que una vez que los acomodados se dieran cuenta de la degradación, de la esclavización y de la angustia física que padecía todo minero desde la mañana hasta la noche, la ayuda no tardaría en venir de arriba. Pero la tremenda tortura física de la vida del minero no hacía ninguna impresión en la clase acomodada. Y una vez que descubrió esto, Robert Smillie le volvió la espalda a toda tentativa de cruzada en la zona social elevada y llegó entonces a la convicción de que los mineros debían unirse para salir de su horrible esclavitud. Lo primero que trató de propagar entre sus camaradas fue la idea de estar prevenidos contra toda maniobra «benévola» de los de arriba. Y dice el «Clarion» de Londres:

“Fue durante esta parte de su carrera que Mr. Smillie se desprendió de todo el calvinismo que le quedaba de sus antepasados escoceses. El nunca se dió a la bebida, ni visitó las guaridas del vicio y en su vida privada permaneció tan ascético como siempre, pero la biblia dejó de ser para él el tesoro que había sido para su antecesor Keir Hardie. Y se volvió un decidido materialista en su filosofía de la

vida, declarando que aquellos que disertan sobre ideales y metafísicas lo hacen porque nunca han tenido que pasarse doce horas de las veinticuatro de cada día en las tenebrosidades de una mina y el resto del tiempo en una poelga.”

El «London Post» afirma que el rasgo intelectual más señalado de Robert Smillie es su astucia en toda clase de negociaciones diplomáticas; pero aquellos que no le admiran atribuyen su éxito invariable en las situaciones obreras más difíciles a un conocimiento muy señalado de la psicología humana. Según este periódico, “tiene Smillie un ojo que sabe descubrir en seguida el punto flojo en la armadura del enemigo y una destreza muy peculiar en colocar el dedo en dicho punto”. Sus observaciones acerca de las gentes con quienes ha tenido que vérselas en sus campañas son revelaciones de su cobardía, de su mediocridad, de su amor al dinero, a la fama, o a algo menos digno de amor. Pero al lidiar con esta misma clase que él anatematiza tanto, ha revelado siempre una deslumbradora habilidad diplomática para imponérselos en el último cuarto de hora. El movimiento obrero es para Smillie una guerra en la que no puede darse ni esperarse cuartel por ningún lado. Y la teoría de que los intereses del obrero y del capital son los mismos, le inspira un enorme desdén. Los obreros dicen de él: «Hay que tener fe en Bob Smillie. Con él no puede jugar Lloyd George». Esa es la frase corriente entre los mineros. Y hay muchos fuera del campo obrero que ven en él al candidato que hoy cuenta con mayores probabilidades de escalar la plaza de Premier de Inglaterra.

Smillie tiene ahora 62 años. Es casado y no hace mucho tenía que sostener a su mujer y a seis hijos con menos de cuatro dólares por semana. Cerrarémos estas notas transcribiendo del semanario capitalista de Londres, «Outlook», lo que sigue:

“Como muchos escoceses, Smillie presenta en su temperamento una combinación de frialdad sentimental con un agudo emocionalismo intelectual. Sus teorías son temerarias, extremas, pero sus prácticas son esencialmente las de un hombre de negocios. Al tratar de principios, él no pierde del todo la destreza dialéctica que, juntamente con su asombroso dominio de los hechos, deslumbra a todos los que le han visto lidiar con cuestiones concretas del Trabajo, jornales y situaciones obreras.”

## Frank Arthur Vanderlip

En el número pasado dimos la transcripción íntegra del discurso en que Vanderlip trazó a grandes rasgos el cuadro sombrío de la situación política y económica de Europa después de la guerra. Basta leer dicho trabajo para tener idea de la clase de hombre que es Arthur Vanderlip y del papel que está destinado a jugar en los asuntos públicos de América y Europa, pues pasada la primera impresión de irritada sorpresa que sus palabras produjeron en algunos de sus más descoltantes colegas en el mundo de los negocios, sus revelaciones han ido imponiendo el respeto a que tienen derecho y no queda hombre público hoy que no vea en ellas un documento irrecusable para explicarse los acontecimientos que están ocurriendo de día en día en Europa. La pintura de Vanderlip parecía sistemáticamente pesimista, pero los sucesos posteriores vienen demostrando con la aplastante fuerza de los hechos que la realidad era todavía de tonalidad más negra que la del cuadro de Vanderlip. Ahora es bueno que conozcamos algo de la interesante carrera de este insigne hombre de negocios.

Frank Vanderlip nació en Aurora, Illinois, hace 54 años. Su padre era un herrero de oficio que había llegado a conquistar el puesto de inspector de una fábrica de carros. Por quebrantos de salud se trasladó a una finca en el campo cuando todavía Frank era un niño. A su muerte en el 1878 la familia se componía de su viuda y tres niños, uno de los cuales era Frank que entonces tenía 14 años y era el mayor. Cuando Frank llegó a los 15 años, la familia se trasladó de nuevo a Aurora, entrando el muchacho como aprendiz en una herrería. Como la renta de la familia era pequeña, tenía que estudiar de noche para no desatender sus faenas en el taller, donde le pagaban a razón de 75 centavos por día «Me dediqué a este trabajo—ha dicho él luego—no porque fuese la clase de trabajo que me gustaba más, sino porque era el único que podía conseguir». Habiendo logrado ahorrar algo y teniendo grandes ambiciones, el aprendiz resolvió entrar a un colegio e ingresó en la Universidad de Illinois. Pagaba en una casa de huéspedes \$ 2.25 por semana y en todo el año gastó 265 dólares, que pudo sufragar gracias a que trabajaba como maquinista los sábados, ganándose \$ 1.50 por semana.

Decepcionado porque la Universidad no

le podía dar un curso en electricidad, Vanderlip, al completar un curso de ingeniería mecánica, se marchó de nuevo a su casa. En esta ocasión se le ocurrió escribirle una carta a Edison pidiéndole una colocación, pero recibió una lacónica y fría respuesta que lo desalentó por completo. Trabajando de nuevo en la herrería de Aurora, continuó por la noche sus estudios de matemáticas y aprendió taquigrafía. Permaneció así hasta 1883, fecha en que un periódico de Aurora le colocó de repórter.

Poco tiempo después hizo amistad con Joseph French Jhonson, que ahora es Dean de la Facultad de Comercio de la Universidad de New York. Gracias a éste, Mr. Vanderlip pudo a la edad de 26 años sucederle como encargado de la sección económica del periódico de Chicago «Tribune». De su carrera en este tiempo, he aquí lo que nos dice un periódico:

“Vanderlip hizo una briosa campaña contra el magnate de ferrocarriles llamado Charles T. Yerkes, cuyos manejos de todas suertes expuso en artículos que causaron una gran impresión en toda la ciudad, a tal punto que Yerkes le hizo a Vanderlip el honor de llamarle «el peor enemigo con que jamás se había encontrado». La publicidad en los asuntos internos de las corporaciones era entonces cosa virtualmente desconocida y el desarrollo que esta práctica de publicidad adquirió después se debe en gran medida a la labor de Vanderlip. No se permitía que ningún repórter asistiera a los mítines anuales. Entonces el infatigable editor financiero del «Chicago Tribune» concibió una idea muy atrevida. «Si no me dejan entrar como repórter, no tendrán más remedio que dejarme entrar como accionista»—se dijo a sí mismo—; e inmediatamente realizó la compra de una acción en cada una de las corporaciones locales. Desde entonces empezó «The Tribune» a publicar reseñas de los mítines y sus comentarios fueron el plato del día en Chicago. Los demás periódicos tardaron un año en darse cuenta del recurso empleado por Vanderlip para meter la oreja en los conciliábulos de los trusts. Una noche a las once, Vanderlip, que para este tiempo era coproprietario del «Economist», tuvo que salir de la cama llamado con urgencia a la casa del millonario Phill Armour. Cuando llegó allí se encontró con todos los grandes magnates de Chicago, los presidentes de los bancos, los directores de la Bolsa y de otras

instituciones. Se le dijo entonces al asombrado redactor económico que Moore Brothers había quebrado, que la Diamond Match Company había suspendido pagos, que la Bolsa quedaría cerrada el día siguiente y que un cataclismo financiero amenazaba a Chicago y ellos querían que fuera Vanderlip el que hiciese la noticia para la prensa. «Bien—replicó él—yo lo haré con una condición; que todos aquí me den su palabra de no contestar a ninguna pregunta de ningún otro periódico esta noche». Todos consintieron. Voió Vanderlip a la oficina del «Tribune» y dió orden de que se llamara a todos los directores de los periódicos de la mañana para decirles que él, Vanderlip, tenía una noticia exclusiva de importancia trascendental, pero que sólo se la daría a condición de que se imprimiese tal y como él la iba a escribir, reservándose también el derecho de redactar los títulos. Nunca se le había hecho a los periódicos una proposición como ésta. Sin embargo, todos menos uno enviaron sus redactores para obtener la noticia. Vanderlip los puso en línea y les hizo empeñar su palabra acerca de que cumplirían lo propuesto. Y después fue visitando una por una todas las redacciones de periódicos y arreglando los títulos de los sueltos. «Es el trabajo periodístico más pobre que he hecho jamás»—ha confesado Vanderlip luego.—Los hechos se relataban en la forma que menos complacía a los periodistas. El hecho de que la bolsa no abriría al día siguiente se mencionaba en un parrafito obscuro cerca del fin del artículo. Pero todo esto salvó a Chicago de una gran alarma innecesaria y del consiguiente desastre.”

Cuando Lyman J. Gage fue nombrado Secretario del Tesoro, se llevó a Vanderlip a Washington como su Secretario Privado. Un mes después el Secretario Privado lo había hecho tan bien, que se le nombró Secretario Auxiliar de Tesorería, y ya en este puesto, la competencia de que dió muestras en el manejo de los 200 millones de dólares del empréstito que en 1898 negoció el Gobierno, para la guerra con España, llamó la atención del que era entonces presidente del National City Bank, James Stillman. Este visitó a Gage y le dijo que él quería conseguir a Vanderlip tan pronto como acabase sus trabajos en Washington. Esto significaba la secretaría privada de Stillman, pero no tardó la oferta en crecer hasta convertirse en la de la vicepresidencia

del banco más importante de los Estados Unidos, para un periodista que nunca había estado en la ventanilla de un banco en su vida. ¿Cómo se condujo nuestro hombre en esta nueva oportunidad?

Stillman lo sentó frente a un escritorio vacío y durante cuatro días no le dió nada que hacer. Vanderlip se dio cuenta de que estaba ganando un salario respetable (diez mil dólares anuales) y que hasta la fecha no se había ganado ni una peseta de él. Había que hacer algo. Se le ocurrió una idea. El haría que el National City Bank fuese el representante de otros bancos del país en las operaciones relacionadas con los bonos del Gobierno—Vanderlip sabía más de estos bonos del Gobierno que ninguna otra persona en los Estados Unidos. El estaba perfectamente enterado de que los otros bancos se darían por muy satisfechos con verse libres del expedienteo e imprescindible para estas operaciones de bonos, y empezó inmediatamente a dictar una carta circular con el fin de dirigirla a los cuatro mil bancos nacionales del país. Cuando se supo su plan, se le informó solemnemente de que una de las más respetables tradiciones del National City Bank consistía en no haber solicitado nunca nuevos negocios. «Si ustedes nunca han salido a buscar nuevos negocios antes, es tiempo ya de que comien-

ten»—replicó. Y siguió dictando su circular... Y el National City Bank se convirtió en un banco de los otros bancos y estableció el más formidable negocio de bonos en el país. La recompensa de Vanderlip llegó en forma de un ascenso a la presidencia ocho años después de su ingreso en el banco.

Su entusiasmo en materias educativas ha sido en él cosa de toda la vida. Nada lo pone mejor de manifiesto que el «Departamento Educativo» del National City Bank, donde anualmente se reciben graduados de treinta y cinco universidades. Otra muestra del fervor educativo de Vanderlip la encontramos en la escuela de Scarborough, que él ha fundado y equipado de su bolsillo particular, con diez y nueve profesores y ciento cincuenta alumnos.

Mr. Vanderlip ha tenido seis hijos, a los que ha dedicado su libro sobre la situación europea actual, libro que ha agitado tan fuertemente los ánimos en el mundo financiero. En la portada de este libro se lee:

“Este libro lo dedico a mis seis hijos, en la esperanza de que ellos y su generación crecerán llenos de una simpatía inmensa para los hombres sus prójimos y de un conocimiento hondo de las leyes económicas mediante las cuales puedan hacer una aportación liberal y sabia de sus servicios a la sociedad.”

## Tchicherin aristócrata y bolsheviqui

(Notas tomadas del “Current Opinion”).

**T**CHICHERIN es actualmente en la República de los Soviets el Comisario del Pueblo, encargado de la Cartera de Asuntos Exteriores. De él dijo Kerensky la víspera de su caída: «Si Tchicherin estuviera conmigo ahora, yo no tendría nada que temer de ese energúmeno!» El energúmeno era Lenin. Y el periódico socialista de París «Humanitté», lo considera como el diplomático más hábil que hay actualmente en Europa. Tchicherin es reconocido como un hombre de genio hasta por adversarios suyos tan encarnizados como «Le Temps» de París, que le reconoce también cuantiosas riquezas y un encumbrado abolengo aristocrático. El abuelo del Ministro bolsheviqui era uno de los más famosos estadistas durante

el reinado de Nicolás I. Otro de sus antepasados fue consejero confidencial de la gran Catalina. Durante un período de doscientos años esta familia ha contribuido con una serie de embajadores, gobernadores, generales, grandes damas de palacio y opulentos burócratas al esplendor de la dinastía Romanoff. Pero también los Tchicherins han desempeñado papel muy importante en todas las revoluciones y conspiraciones contra los últimos czares. Todos ellos han sido magnates agrícolas durante siglos y un tatarabuelo de este mismo ministro bolsheviqui se hizo en su tiempo famoso por el número inmenso de siervos que mantenía trabajando en sus grandes haciendas.

El actual Tchicherin, que nació no lejos de Moscow hace unos 42 años, ha impresionado

a todos los periodistas que le tratan por su cultura, su sinceridad y su habilidad. Casi todos los periodistas que han tratado de describirle para la prensa extranjera le han tributado cálidos elogios. Uno de los rasgos que más le han alabado siempre es su inalterable buen humor y su absoluta humildad. Un corresponsal del «London Mail» refiere que al ir a visitarle lo recibió en pajama y le pidió excusas, manifestándole «que el único par de pantalones que tenía lo había mandado a remendar a la sastrería de un camarada». Y este mismo corresponsal nos asegura haberle oído decir que desde que se encargó de la cartera de Relaciones Exteriores no sabe lo que es dormir en un colchón. A otro corresponsal que le pidió algo para su periódico que pudiera pasar a censura, le dijo: «Me he comido hoy un huevo frito; creo que no puede haber acontecimiento de mayor significación aquí en estos tiempos». En otra ocasión le manifestó a un periodista representante del «Journal» (Ginebra) que él se alegraba de saber que Mr. Balfour, el Ministro inglés, podía hacerse entender en francés «pues es indudable que él no puede hacerse entender en inglés».

Hay dos autores americanos que Tehicherin ama y estos son Walt Whitman y Emerson.

Como hijo que era de uno de los hombres más ricos y prominentes de Moscow, el joven Tehicherin recibió una esmeradísima instrucción. Desde muy temprano concurrió a la gran universidad fundada por uno de sus antepasados y aunque allí había miles de estudiantes se distinguió entre todos ellos por su agradable aspecto personal y por la habilidad con que manejaba varios instrumentos de música. La madre de Tehicherin era muy devota y tenía amistad íntima con la madre del último czar. Y cifraba toda su dicha en inculcar en su hijo la misma fe religiosa de que ella estaba poseída. Un periódico suizo que narra estos detalles añade que el joven Tehicherin manifestó desde que tuvo uso de razón la sed de conocimientos en todos los ramos del saber humano que constituye hoy uno de sus más señalados rasgos de carácter. Una vez su salud se resintió gravemente por sus largas vigiliias en la librería de la Universidad de Moscow. Antes de cumplir veintiún años ya había ganado premios por sus trabajos en lengua griega. Sus discursos en los debates estudiantiles de la universidad ponían ya de manifiesto en él la excitabilidad que se cree dotaba su persona de una influencia casi magnética sobre aquellos que le tratan. Tan impresionable es que a veces ba-

jo la influencia de sus hondas emociones ha sufrido síncope. La trágica muerte de una novia que tenía siendo muy joven, la que pereció ahogada una tarde en que se bañaba con otras amigas, lo consternó tanto que resolvió inmediatamente irse a un desierto a hacer vida de ermitaño. Con dificultad le pudieron disuadir de este propósito cuando ya vestía un hábito monacal y se disponía a emprender una peregrinación a la Tebaida. En este período de su carrera comenzó la lectura de To stoy, sintiéndose impregnado de la filosofía mística de este autor. Desde entonces Tehicherin ha adoptado para su vida la admirable simplicidad de un verdadero discípulo de Cristo.

Cediendo a los deseos de sus padres, Tehicherin entró desde que cumplió los veinte años en la carrera diplomática. Había adquirido el dominio de los principales idiomas de la Europa Central y con mucha facilidad se asimiló todo cuanto constituía por aquel entonces en Rusia el ritual de las cancillerías. Pronto le nombraron primer Secretario de la Embajada rusa en Ber'lin. Hablando alemán con extraordinaria facilidad, presentándose siempre con suma elegancia sobre el lomo de un caballo y en los salones de baile, Tehicherin no tardó en brillar señaladamente en los altos círculos de Postdam, donde pasó un año, al cabo del cual volvió a sentirse agitado por la peculiar melancolía y mística inquietud de su temperamento, que sólo había logrado sofocar momentáneamente por complacer a sus padres.

Entonces comenzó a enterarse del movimiento socialista, devorando los libros de los grandes profetas del socialismo internacional, Karl Marx, Engels y Karl Kautsky. Cuando se supo en la Corte Imperial de Alemania que el secretario de la Embajada rusa era un asiduo concurrente a los mítines socialistas que tenían lugar en Berlín y Munique, el Kaiser y su círculo hicieron saber su disgusto a la corte del Czar. El padre de Tehicherin, que era entonces alcalde de Moscow, se apresuró a venir a Berlín y trató en vano de hacer cambiar a su hijo. Pero el joven secretario, después de una escena violenta con su padre, presentó la renuncia de su cargo para quedar libre de vivir sus ideas. Y tanto por esto como por sus muchas discrepancias, en cuanto a ideas y hábitos de vida, con sus encopetados parientes, comenzaron éstos a poner en circulación la teoría de que Tehicherin había perdido la razón.

Durante varios años después de este epi-

sodio, Tchicherin se dedicó a viajar por Europa, sostenido por una pensión que le pasaba su madre, quien en su día había sido una de las herederas más ricas y bellas de Rusia. En Suiza, donde pasó algún tiempo, el nuevo apóstol del socialismo colaboraba brillantemente en los principales periódicos que hacían propaganda revolucionaria. Escribió también varios folletos que tuvieron

una gran circulación en Rusia. Con Trotzky parece que no trabó relaciones hasta que se encontró en París con él, pero Lenin, siempre al acecho de jóvenes de talento, se hizo gran amigo suyo desde mucho antes de haber salido del servicio diplomático. Su amistad fue creciendo con los años y antes de estallar la gran guerra los dos vivieron en la misma casa en Zimmerwald.



# El Uruguay

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

Su progreso político y constitucional.—Carácter de la raza y de la literatura

POR su avanzadísima instrucción pública, por el brillo inusitado de su intelectualidad, pero sobre todo esto, por el espíritu democrático radical de su gobierno y su legislación, el Uruguay ocupa hoy un lugar excepcional entre los pueblos de América.

Ahora mismo esta progresista República acaba de dar un paso que ha asombrado al mundo, con las reformas trascendentales de su Constitución, en vigencia desde el 10. de Marzo de este año. Por el'as el Poder Ejecutivo, que antes tenía en sus manos todos los resortes de la vida política y administrativa, lo ejercen ahora un Presidente elegido directamente por el pueblo y un Consejo compuesto de nueve miembros elegidos también directamente por el pueblo y renovables cada dos años por terceras partes, para mantener siempre la representación del partido opositorista. Y mientras el Presidente puede nombrar tres Ministros, de Relaciones Exteriores, de Guerra y de lo Interior, el Consejo, cuyos poderes son esencialmente administrativos, designa cuatro Ministros de Estado, y a él corresponde lo relativo a la hacienda pública, a la instrucción, obras nacionales, industrias, asistencia pública e higiene, etc., etc.

Coinciden con estas medidas atrevidísimas de gobierno algunas igualmente avanzadas, como la libertad absoluta de cultos, el régimen de separación de la Iglesia y el Estado, la amplitud casi ilimitada del Poder Municipal, la educación primaria laica, obligatoria y gratuita, la facultad conferida al Congreso de poder interpretar y explicar la nueva Constitución, la inscrip-

ción obligatoria respecto al sufragio, el voto secreto y la representación proporcional e integral.

Toda la legislación del país corresponde a estos principios del espíritu nuevo, de tal modo que los códigos uruguayos son tenidos, en algunos puntos sustanciales, como los más modernos y radicales del mundo, aun en estos momentos en que se precorizan tantas cosas radicales. El Código Civil, por ejemp'lo, contiene la mayor amplitud en materia de divorcio (mutuo consentimiento, sola voluntad de la mujer), permite la investigación de la paternidad por todos los medios, la legítima de los hijos naturales, la igualdad de sexos, el registro y matrimonio civil obligatorios, etc.

En materia social el Uruguay puede enorgullecerse ante las nuevas corrientes del proletariado, de haber incorporado ya en su legislación muchos de sus postulados, como la indemnización por accidentes del trabajo, el descanso obligatorio, la protección de mujeres y niños, las pensiones a la vejez, la asistencia pública de pleno derecho para los desvalidos, la inembargabilidad del salario, seguro popular, indemnizaciones por despido, participación por los obreros de las industrias del Estado en sus beneficios, y otros más.

Tiene asimismo este pueblo, que tanto se ha preocupado de la cuestión social con una precoz clarividencia de su desarrollo posterior, al lado de las escuelas de comercio, universidades para hombres y mujeres, escuelas de agronomía, veterinaria, de enseñanza industrial, militar, naval, escuelas normales y otras instituciones educativas; asilos durante el día para los hijos de obreros, colonias e colares de vacaciones, escuelas nocturnas de adultos e institutos para los ciegos y anormales.

Perseguidor acérrimo y tenaz de toda tiranía, refugio seguro y propicio de todos los expatriados políticos, el pueblo uruguayo ha forjado su carácter en una lucha heroica y levantada contra los enemigos de su raza o los enemigos de las instituciones libres. Están, pues, enteramente de acuerdo con su espíritu y no deben sorprender por esto, sus bizarrías de libertad y el temple de sus resoluciones rebeldes.

El entusiasmo patriótico, la sinceridad de su fe republicana, el anhelo constante de Patria, informan el pensamiento uruguayo desde los comienzos de la nacionalidad. Por ello acaso ninguna literatura del Nuevo Continente ha adquirido, en el momento mismo de nacer, acentos tan propios como los de la literatura de esa Bélgica americana. "De la tierra en barbecho—como dice Ventura García Calderón—del alma popular desamparada como la pampa vecina, hurraña como los potros de su horizonte bárbaro, iba a irrumpir un canto propio, cuando en las tardes infinitas de aquella turbia Hólade, el mismo gaucho que blandió el lazo o las «boleadoras», pulsaba la guitarra para la anónima poesía del «cielito»."

Canto propio, es, en efecto, ese canto rústico, fresco, realista y patriótico del «payador» aventurero, que con Bartolomé Hidalgo, un oscuro poeta del pueblo, toma ciudadanía folk-lórica genuina y noble; que con Francisco Acuña de Figueroa se convierte en un Tirteo clásico, cronista heroico de la epopeya uruguaya que luego escribirá Zorrilla y San Martín; que con Adolfo Berro y Juan Carlos Gómez se torna en un Musset y en un Lamartine, romántico de la Patria y la Libertad; que con Alejandro Margariños Cervantes echa las bases de la novela nacional; que con Marcos Sastre "escribe historia natural como un poeta" y con Andrés Lamas, en fin, traza para un futuro que hoy es presente realizado, el siguiente hermoso y valiente programa nacionalista: "Después de adquirir la libertad a precio cruento, es preciso conquistar también, si se pretende personalidad nacional inconfundible, la independencia inteligente de la nación, su independencia civil, literaria, artística, industrial, porque las leyes, la sociedad, la literatura, las artes, las industrias, deben llevar, como nuestra bandera, los colores nacionales."

Por todos los períodos y por todos los géneros de la literatura uruguaya circula este afán nacionalista o regionalista, esta obsesión del gaucho y de la tierra nativa bravía, que da un sabor tan original a las prin-

cipales producciones de sus escritores. Ya es Francisco Panzà en sus «Estudios Literarios», ya Carlo María Ramírez, el novelista de «Los Palmares», ya Santiago Maciel en sus cuentos «Nativos»; ya Daniel Muñoz, excelente escritor de costumbres; ya Eduardo Acevedo Díaz, «un Goncourt americano» de las novelas «Ismael y Nativa»; ya Elías Regules, gaucho y doctor que escribe «Versos Criollos»; ya Carlos Roxlo, con sus «Cantos de la Tierra»; ya Samuel Blixen, el cronista de «Cobre Viejo» y «Por mares azules», que sabe también relatar un «Cuento del tío Marcelo»; ya el paisajista «De Buenos Aires al Iguazú», Manuel Bernárdez; ya Víctor Pérez Petit, autor de la novela «Gil», ya el poeta-sociólogo José Pedro Valera, ya el cantor de «Tabaré», la magistral epopeya del «charrúa», el genial Zorrilla y San Martín que supo asombrar y obligar a batir palmas al clásico y reservado Juan Valera.

Todos, todos son uruguayos de cepa nativa, hasta el querido maestro de la juventud de América, así enseñe la confianza en sí mismo de Emerson o Carlyle, así inaugure la oratoria sagrada de «Ariel», así suba al «Mirador de Próspero» o abra sobre una perspectiva indefinida los «Motivos de Proteo»; y Florencio Sánchez, el Ibsen del Plata, y Carlos Reyles y Javier de Viana, y Herrera y Reissing, el más grande simbolista del Continente; y Eugenia de Vaz Ferreira, y Juan Antonio Buero, el decidor helénico de cosas bellas; y Delmira Agustini, Angel Fa'leo, Alvaro Armando Vasseur, Emilio Frugoni y Héctor Miranda, sociólogo fogoso, patriota iluminado, apóstol efímero de la juventud; y Agustín Vedia, Aramburú y Abel J. Pérez, pensadores de alto vuelo; José Battle y Ordóñez y Baltasar Brum, hombres de Estado y periodistas distinguidos; los hermanos Martínez Vigil, Luis Alberto de Herrera, José Pedro Segundo, Alberto Nin Frías, Raúl Montero Bustamante, Santiago Dallegri, Manuel Medina Betancourt, Julio Raúl Mendilaharsu, Perfecto López Campaña, Horacio Maldonado, Pérez y Curis, Lorenzo Carnelli, Emilio Oribe, Luisa Luisi, César Miranda, Antonio Bachina, Luis Melian Lafinur, Carlos M. Malso, J. M. Pérez Castellano, Eugenio Martínez Thedy, Domingo Arena, Guzmán Papini y Zas, Mateo Margariños Solsona, Hugo Barbagelata, el distinguido crítico literario, Eduardo Ferreira, Horacio Quiroga, J. M. Soiza Reilly, el original cronista del «Alma de los Perros», Julio María Sosa, Santín C. Rossi, Justino E. Giménez de Arechaga,

poeta y juriseconsulto; y Perotti, y Agorio, y Estrada, y Gallinal, y Rodríguez Larreta, y Salaverri, y Crispo Acosta, y Fernández Ríos, y Ferrando y Olaondo, y Gómez Hacedo, y Kubly, y Francisco Alberto Schinca, aquel que tan bien caracterizó la literatura uruguaya moderna:

“Nuestra literatura—dijo—tal vez aristocrática por el inagotable dón con que acicalaba el pensamiento... quiere reivindicar para sí la gloria de haber trocado en elemento de belleza los tópicos «vulgares» y de haber puesto una corona de luz sobre las frentes humildes y augustas rendidas a la pesadumbre del trabajo o a las fatalidades de la realidad.”

Montevideo, la ciudad bella de las playas de plata, puede llamarse con más justo título quizá que otras capitales nuestras, «a Atenas suramericana». Bajo sus pórticos dialogaron Rodó y Zorrilla de San Martín, Héctor Miranda y Juan Antonio Bueco, delicados espíritus helénicos; en sus palacios los sabios del Continente han celebrado toda clase de Congresos en pro de la cultura humana, por sus universidades y ateneos han desfilado altísimos espíritus de todos los países; a su Historia van a estudiar todos los estadistas progreso constitucional, liberalidad legislativa, «idealismo impulsivo» y genuinas aspiraciones democráticas.

Agosto de 1919.

## Orientaciones.—Nacionalismo y Humanitarismo

FABIO RIOS

**A** pesar de cuanto se ha dicho y debatido sobre estas dos tendencias educativas, cada vez más, y sobre todo, hoy que se hace necesario definir orientaciones y afianzar ideas, resalta la necesidad de armonizar, por lo menos, ambos conceptos, ya que el prejuicio de una educación añeja no permite extender de un golpe el avance de las ideas.

En efecto, debe comenzarse por no incluir el sentido humanitarista en esa corriente ácrata que pone por delante la negación del deber, del alma, de Dios, y qué se yo cuántas cosas más. No; el humanitarismo tal como hoy se le concibe no es ni debe ser una doctrina, ni está en pugna con la idea de patria. Su esencia, si así puede denominarse a su tendencia compulsora, está en esfumar o desvanecer, con la armonización en las relaciones humanas, las líneas grotescas con que se ha venido delimitando el sentimiento humano, de lo cual han nacido las mezquinas odiosidades de bandería, la disociadora concurrencia de intereses de todo orden, la absurda confusión étnica, el odio a lo ajeno como deducción del exclusivismo por lo propio, las dificultades en la adopción de lo nuevo y avanzado por el excesivo apego a la tradición, la demasiada pa-

sión irreflexiva de las luchas, que han hecho a los hombres enemigos unos de otros. Se han mareado tanto esas líneas, se han creado tantos y tantos círculos dentro de los cuales se han encerrado intereses y pasiones que debieran formar en sí una unidad moral, que hoy al pretender conciliar unos con otros lo único que reesulta es una confusión.

En ese extremismo se han llenado grandes períodos de la historia de los pueblos; y en ellos ni unos ni otros, ni chauvinistas, ni nacionalistas ni aun los mismos anarquistas han concretado nada, a pesar de que encabezan a unos y a otros nombres hondamente precarios. Y es que esa preclaridad, temerosa de ahondar impiamente en la realidad viva y presente de los errores humanos, apenas ha actuado en su superficie, cuidándose más de los orígenes de la historia que de las condiciones sociales contemporáneas. Así, la mayoría de ellos, para arraigar la idea de patria o para inducir a la unión fraternal de los pueblos han pretendido que pensemos hoy lo que pensaban los griegos y los romanos de la antigüedad, o bien que no tengamos fe en los enigmas del universo, ni creamos en Dios, ni amemos a la familia.

Juzgan los primeros que la expansión uni-

versalizadora que hoy se advierte, sustituye lo concreto de la patria por la abstracción de un conglomerado humano esencialmente caótico; que disocia viejos núcleos morales; que descuida el amor a las tradiciones; que corrompe el idioma; que promueve el despegue a las jerarquías distintivas de las clases sociales. Así lo dice nada menos que Miguel de Unamuno, ese espíritu vigoroso que a pesar de estar casi siempre «contra esto y aquello» y de manifestar su liberalismo, no quiere aún salir del nacionalismo exclusivista, a la manera de Ricardo Rojas.

Pero así como es de inaceptable ese concepto ácrata, así es de inadmisibles todo eso de que se duelen los tradicionalistas del nacionalismo extremado. ¿Cómo vamos a permanecer hoy en ese idealismo patriótico exagerado y sensiblero que de tanto ver a la patria en peligro acaba por ponerla en verdad, y por llevarla a la guerra y a la ruina? ¿Es eso siquiera lo que se llama patriotismo? Gabriel D'Annunzio, por romanticismo patriótico más que por deseo de justicia, llegó hasta desvirtuar la salvadora protección dada a su patria y al mundo entero por el pueblo norteamericano, y lo que es más a negar el espíritu de justicia que iluminó la acción del Presidente Wilson y su significación en la restauración de la paz universal. Y bien, ¿es que puede dársele razón a Gabriel D'Annunzio? También tenemos ejemplos de ese sentimiento incongruente en España, donde no hace mucho—algunos meses apenas—se levantó una gran polvareda, odiosa por cierto, con motivo de que algunos escultores españoles pretendieron contratar la erección, en La Habana, de la estatua del prócer cubano Máximo Gómez. Si no fuera por ese nacionalismo, cuánto más cerca de sus hijas de América no estaría hoy España!...

No; el humanitarismo de hoy no deprime el sentimiento de patria; pero sí exige un relativo desprendimiento de lo que él ha tenido hasta hoy de egoísta. La patria de Castelar, de Quintana, de Lamartine, de Sarmiento o de Bolívar; la patria «por ella y para ella» que el chauvinista argentino Ricardo Rojas desea para los argentinos, tiene que ser reformada, según que la libertad, los intereses, la práctica de la vida, la evolución espiritual vayan modulándola a través del tiempo. Y hoy que tan distanciados estamos por los hechos del concepto clásico, las mismas exigencias de la vida nos van llevando de la mano a no verla tan apasionada e irreflexivamente. No tenemos más que echar una mirada a la admirable nación uru-

guaya, una de las más favorecidas por la civilización en el Continente ibero-americano. Hace poco se anunció a lí un proyecto de ley del Diputado Justino Jiménez Arechaga estableciendo como único requisito para obtener la ciudadanía uruguaya el de una simple inscripción en el registro cívico.

Esto, aparte de que al ser analizado puede resultar o no inadaptable, no deja de demostrar el fruto de una tendencia reformadora, hija de las influencias del ambiente universalizador, que aspira a morigerar el nacionalismo barroco y egoísta, a ampliarlo en la medida a que cede la conciencia moral contemporánea. Y cualquiera que sea la suerte de esa idea llevada hasta el poder legislativo de un país, da al traste con la ironía de los que siempre han tildado al humanitarismo de utopía, y confirma las palabras de Víctor Hugo pronunciadas en el Congreso de Lausana en 1869: «La civilización tiende inevitablemente a la unidad del idioma, a la unidad de metro, a la unidad de moneda y a la fusión de las naciones en la humanidad, que es la unidad suprema».

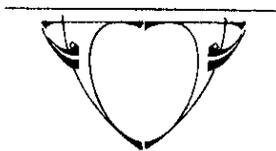
Tolstoy, según leo en un libro «El concepto de la nacionalidad y de la patria», consideraba que los progresos modernos traerían forzosamente la desaparición de la idea de patria y de los sentimientos que con ella se relacionan, que,—al decir suyo—han ocasionado innumerables desgracias. Y a la verdad, aunque ya hemos dado nuestra opinión respecto a lo primero en el comienzo de este artículo, en cuanto a lo último, no hay más que pensar en el «pangermanismo», esa tendencia a reconcentrar todo lo germano para hacer una unidad destructora, aplastante del resto de la humanidad. Hoy podemos contemplar el fruto de esto en los desastres de la gran guerra mundial.

Y con Hugo y Tolstoy están Garibaldi y Mazzini y muchos más, grandes héroes y grandes genios, que a pesar de sus luchas en pro de la unificación de sus patrias respectivas, han deplorado el nacionalismo que aísla a los hombres dentro de sus fronteras cuando no los lleva a la lucha y a la muerte. Todos ellos han preconizado y aconsejado una fusión de espíritu, que sin luchas sangrientas, sino tácitamente y sin necesidad de excluir creencias religiosas o dogmáticas, en general, disuelva también fronteras nacionales. Sin ir muy lejos y aunque sólo se refiere a la integración de la raza hispánica, dividida hasta hace muy poco por ese egoísmo, podemos admitir como demostración de la presencia humanizadora,

las siguientes palabras del eminente escritor español José Ortega y Gasset: "Allende la guerra, envueltas en la rosada bruma matinal, se entreven las costas de una edad nueva que relegará a segundo término todas las diferencias políticas, inclusive las que delimitan los Estados, y atenderá preferentemente a esa comunidad de modulaciones espirituales que llamamos la raza. Entonces veremos que en el último sig'lo y gracias a la independencia de los pueblos centro y sudamericanos se ha preparado un nuevo ingrediente, presto a actuar en la historia del planeta."

No quiere decir todo eso, sin embargo, que hemos de ver pronto, con el comienzo de esta nueva éra., ni la federación continen-

tal ni menos la mundial que todos aceptaríamos jubilosos; los hechos así como demuestran una cosa prueban otra, y hoy lo mismo que ayer vemos cómo las naciones fuertes se preparan para predominar, para actuar, si se quiere, en contra de las débiles, a pesar del establecimiento de la Liga de las Naciones. Mas todo tiene su fin, y así esas fuerzas que preparan el predominio de unas naciones contra otras llegarán a la máxima tensión también, en que el estallido conmoverá y hará volver a un nuevo curso la lucha por la vida común. Entonces la corriente interna, el germen del humanitarismo tendrá su turno y será como un recurso consolador, como un gran fortificante de la humanidad vencida y convencida.



# Actuación de la mujer moderna

## Costumbres pintorescas en nueva Zelanda

**E**N Nueva Zelanda cada isla, y casi podíamos decir cada pueblo, poseía su traje típico y muchos lo conservan todavía.

El mercado de huevos y mantequilla en Middelburg presenta un aspecto muy pintoresco. Los carros y carricoches marchan hasta las dos grandes puertas de entrada en procesión interminable y de ellos empiezan a descender las damas nativas (con un gran ruido de faldas voluminosas y luciendo coquetónamente sus gorritos blancos y collares de coral) para ir poniendo la dorada mantequilla y los blancos huevos en simétricas filas en los mostradores antes de que comience el regateo diario. El producto de las ventas de huevos y leche pertenece exclusivamente a las esposas de los hacendados en Nueva Zelanda. Son ellas las que hacen la venta y ellas mismas las que hacen el gasto del dinero de la venta. Para dar allí con los hombres hay que irlos a buscar en el mercado de granos, o en las esquinas donde se exponen a la venta cerdos, terneros y otros animales, siempre que no estén en los cafés adjuntos de charla con sus amigos.

La venta en el mercado de mantequilla comienza a la una. Si uno asoma por allí a esa hora, tan pronto cruce el portón de entrada, se encontrará con el bello espectáculo de las innumerables filas de grandes canastas junto a las cuales más de cien matronas y muchachas, la mayor parte muy bonitas, se dedican a sus tareas de venta elegantemente vestidas y adornadas con sus gorros blancos, collares de coral, numerosas sortijas y negros delantales. Aunque estos delantales negros les dan un aspecto algo puritánico a las damas, su charla alegre y traviesa demuestra bien pronto que no son de condición hurana. Una niñita de cuatro años que apenas puede hablar va vestida generalmente de la misma manera que las damas

mayores: falda larga y negra, gorro blanco, pendientes de oro, collar de coral y el indispensable delantal.

## Muerte de la doctora Anna Howard Shaw

Con gran dolor registramos aquí la noticia del fallecimiento de la intrépida mujer que durante tanto tiempo consagró las indomables energías de su carácter y las brillantes luces de su talento a la causa feminista. Ninguna vida más activa y fecunda en los Estados Unidos que la de Anna Howard Shaw, que ahora baja a la tumba rodeada del respeto y admiración de las innumerables mujeres que acaudilló en la dura brega de la reconquista de sus derechos. Lo más trágico que hay en su muerte es el hecho de que ocurre en el momento mismo en que aguardan las mujeres americanas, de minuto en minuto, la noticia de la ratificación de la enmienda del Senado que ha de darles el voto definitivamente en toda la nación. Ella y Susan Anthony comenzaron la campaña del sufragio femenino cuando todavía la ignorancia general sobre la trascendencia de esta cuestión social envolvía a todos sus campeonos en la misma ola de grosero desdén y aldeana burla. Gracias a ellas, la burla se fue poco a poco convirtiendo en mueca de cólera y en diatriba enconada, hasta que llegó un momento en que la unificación del esfuerzo femenino en todos los Estados se impuso definitivamente al respeto, cuando no al miedo, de los políticos profesionales. Y a través de todas estas batallas, la doctora Anna Howard Shaw, una de las primeras mujeres que fueron admitidas a la práctica de la profesión de Medicina, conservó siempre su gran ecuanimidad, su bondadosa disposición y la filosofía de tolerancia de que estaba impregnado su espíritu. Para las mujeres de todas las razas esta vida tan bella que ahora rinde su jornada debe ser una fuente perenne de inspiración.

## Sobre el salario de las mujeres

En una entrevista reciente, la señorita Margery Currey, escritora de Chicago, ha manifestado que la razón por la cual se ha mantenido tan bajo el salario de la mujer hasta hoy se deriva del hecho de que las mujeres en el pasado habían sido empleadas invariablemente en puestos donde sólo tenían que ver con detalles. Y ellas se dieron tan laboriosamente a estas tareas de detalle que se han mantenido alejadas de la visión amplia que hubieran tenido de las cosas si hubieran lidiado con asuntos de mayor importancia.

“Las mujeres han venido recibiendo pobres salarios, porque se las ha considerado hasta ahora sólo como empleados temporales y además por el hecho de que anteriormente solían entrar en la vida de los negocios solamente para ayudar al marido a sostener la familia. La concepción general era que las mujeres tenían su misión en el hogar. Y era sólo por urgentes necesidades de familia que las mujeres se lanzaban al mundo de los negocios. Es fácil encontrar muchas muchachas hoy que están prácticamente al frente de todo el trabajo de una oficina y obtienen un sueldo de 25 dólares semanales. La actitud hacia las mujeres ha sido basada en la suposición de que ellas están siempre ganando dinero para alfileres.

“Las mujeres no han sido consideradas nunca como proveedoras del hogar. Bastará, sin embargo, una investigación ligera para demostrar que en las familias donde uno de la casa además del jefe tiene que trabajar fuera para ayudar, casi siempre ocurre que es una hija la que toma a su cargo la ayuda, en tanto que el hermano, por regla general, pone casa aparte.”

Tocando el tema de la organización como medio de procurarse un mejoramiento en las condiciones de vida de la mujer, Miss. Currey recordó como ejemplo lo hecho por las mozas de comedor en los hoteles de Chicago al amparo de una oportuna organización. Las mozas de hotel en Chicago, hace pocos años, estaban ganando a razón de cuatro dólares por semana y almuerzo y comida gratis. Vino luego la unión de dichas obreras y ahora están ganando un minimum de doce dólares por semana de seis días de ocho horas cada uno, con dos comidas gratis; y por servir dos comidas solamente, obtienen nueve dólares por semana. En algu-

nos casos, con sus propinas, llegan hasta ganar veinte dólares semanales y algunas hasta treinta.

En cambio, las muchachas que no están unionadas sólo obtienen a lo más ocho o nueve dólares. La razón por la cual estas muchachas no ingresan en la unión es porque se necesita una acción concertada contra el patrono para unionizar un sitio. Las muchachas en los sitios pobremente pagados, a menudo carecen de la suficiente solidaridad mental para adoptar una firme actitud de protesta.

Las mujeres, sostiene Miss. Currey, no pueden vivir con menos de \$ 16.50 por semana. Ella no cree que el principal por regla general, proceda en este asunto del salario de la mujer dejándose llevar por impulsos altruistas. El mejor principal, dice ella, os pagará tanto como se vea obligado a pagar y nada más. Las fuerzas económicas que están haciendo presión sobre los principales son las que están produciendo el cambio. Pero al mismo tiempo, pocos son los principales inteligentes que no echan de ver que un grupo de obreras bien pagadas y alegres produce mejores resultados siempre que las mal pagadas y que es mejor negocio, por consiguiente, pagar bien.

## La idea de fijar el salario mínimo para niños y mujeres va ganando terreno

Como una muestra del terreno que va ganando en los países civilizados la idea de evitar la explotación que se viene haciendo en todas partes del trabajo femenino, pagándolo a un precio mucho más bajo que el trabajo del hombre, tenemos el caso reciente de Minesota. En este Estado empezó a regir desde el día 4 de Agosto una ley que establece el salario mínimo para las mujeres y menores de edad.

Para mujeres y menores aprendices, la ley señala como cuota mínima semanal la siguiente. En ciudades de cinco mil o más almas, para mujeres de 18 años o más, \$ 8.64 por semana de 48 horas o menos durante los tres primeros meses, y 10 dólares durante los tres meses subsiguientes, con salario mínimo de 11 dólares a partir de los seis meses primeros; para las menores de 18 años \$ 7.20 por semana durante los primeros tres meses, \$ 8.64 durante los tres meses subsiguientes, 10 dólares durante el tercer trimestre y la suma mínima de 11 dólares a partir de los 9 meses primeros; en municipios de una población menor de cinco mil almas, para las de 19 años o más, se fija

la suma de \$ 7.68 por semana durante el primer trimestre, \$ 9.12 el segundo trimestre y \$ 10.25 después de los seis meses primeros; y para las que no lleguen a 18 años \$ 6.48 el primer trimestre, \$ 7.68 al segundo, \$ 9.12 el tercero y un minimum de \$ 10.25 a partir de los primeros nueve meses. Las obreras expertas recibirán este minimum desde el principio.

### Mujeres americanas dan su opinión sobre la democracia inglesa

La sociedad «American War Work Council» (Consejo de trabajos de guerra americanos) envió a Inglaterra, bajo los auspicios de la «Sociedad de Mujeres Cristianas», una comisión de mujeres para que investigase las condiciones de la industria inglesa. En la comisión figuraban Miss Irene Osgood Andrews (de la American Association for Labor Legislation), Miss Nellie Schwartz (de la Consumers League) y Mrs. James Cushman (presidenta de la American P. W. C. A.).

Durante su permanencia en Inglaterra las comisionadas conocieron y trataron a los más significados representantes del movimiento obrero en el país. Y en una entrevista que momentos antes de salir de Londres celebró Miss Mary Dreier con un periodista, declaró «que ellas habían venido a Inglaterra no a criticar sino a aprender, toda vez que el pueblo inglés ha ido más lejos en su democracia que el pueblo americano.» Se mostró muy favorablemente impresionada por las instituciones educativas obreras, las sociedades cooperativas, la Comisión Carbonera y en general por el espléndido despertar del espíritu del trabajador inglés. Aseguró que nada de esto existía en los Estados Unidos y que por consiguiente ella no podía ocultar su envidia de tan magníficas instituciones. Había notado con admiración—manifestó—la unificación de los diferentes gremios obreros y la había impresionado muy hondamente la participación que el consumidor está tomando en todo lo que atañe a la producción nacional. Ella había encontrado en Inglaterra—siguió diciendo—más expresión de hermandad internacional que la que existía en los Estados Unidos y había visto con asombro que Inglaterra había salido ya de la atmósfera de odios de la guerra. Cuanto a los procedimientos de la gran Comisión Carbonera, los encontraron las comisionadas tan interesantes, que estuvieron dos días asistiendo a sus reuniones, en lugar de sólo una tarde, como habían acordado al principio.

### Las mujeres irlandesas y la abogacía

En la asamblea que celebra dos veces por año la Asociación de Abogados de Irlanda, el presidente, Mr. Robert G. Warren, refiriéndose a la ley recientemente aprobada en la Cámara de los Lores para permitir a las mujeres la práctica de la profesión de abogado, dijo que esta ley no era extensiva a Irlanda y que el «Lord Chancellor» había preguntado cual sería la actitud de la Asociación, caso de extenderla a Irlanda. La Asociación se manifestó en el acto partidaria de que se contestara solicitando que se ampliara la ley en la forma indicada, a fin de ofrecer ese nuevo campo de acción a las actividades de la mujer irlandesa.

### Las mujeres de Corea se dirigen a Wilson

La «Sociedad de las mujeres coreanas de América, cuya oficina principal está en California, ha dirigido la siguiente comunicación al Presidente Wilson:

«Deseamos dar a usted la más cordial bienvenida, juntamente con nuestra adhesión solemne a su espléndida obra en Europa en bien del progreso de la vida humana y de la aceptación por el mundo de los magníficos principios básicos del cristianismo y de la democracia de nuestra patria.

«En este instante de retorno a la paz, ¿nos podemos permitir llamar su atención hacia el lamentable estado de cosas en Corea bajo la ruda agresión del gobierno del Japón? Como usted sabe, los ciudadanos de Corea se han rebelado contra el cruel tratamiento de las tropas japonesas de ocupación, apelando a una forma de «movimiento de resistencia pasiva» que es la más grande que hasta la fecha ha sido puesta en práctica en la tierra.

«Los coreanos no están usando armas, ni realizando actos públicos de ninguna clase. La fuerza abrumadora de la apelación al derecho y a la justicia que ha hecho Corea, es la más segura arma en las manos de este oprimido país. Los actos de venganza de parte de la soldadesca japonesa claman al cielo. Los ultrajes y torturas de las muchachas coreanas, la sistemática barbarie perpetrada contra los cristianos de Corea y el trato absolutamente inhumano que los japoneses están dándole al pueblo subyugado, están,

lenta pero seguramente, despertando el mundo de Cristo al horror de lo que allí sucede.

“En este instante de su triunfante regreso a la patria, permítanos rogarle que no desoiga el grito de los oprímidos coreanos y que acuda en su ayuda en cualquier forma que tienda a la rectificación del más colosal atropello que se registra en la historia del mundo.”

### El nuevo respeto de la mujer hacia la mujer. —Palabras de Lady Arthur Paget

Lady Arthur Paget, que murió hace poco en Londres, ocupaba una posición distinguida no solamente en la más alta sociedad aristocrática de Inglaterra, sino también en Europa. Cuando comenzó la guerra, Lady Paget se retiró en absoluto de la vida social y se dedicó exclusivamente a cooperar en las distintas faenas impuestas por la guerra. Su actuación era bendecida igualmente por pobres y ricos en los hospitales, ya que a todas partes legaba su afán de proporcionar amparo y consuelo a todo el que sufría.

Poco tiempo antes de morir esta ilustre dama, respondiendo al ruego que se le hizo, de qué diciera su opinión sobre la probable influencia de la guerra en la vida de las mujeres, lanzó lo que podría llamarse un manifiesto a las mujeres de todas las razas, manifiesto que consideramos, en algunos de sus párrafos, como uno de los más notables documentos de la época presente para apreciar la magnífica evolución que se está operando en el elemento femenino en cuanto a su concepto fundamental de la vida.

Lady Paget comienza en dicho manifiesto por rendir un tributo de admiración a las mujeres todas de los países aliados por su admirable participación en las más arduas tareas de la guerra. Pero añade:

“No es, sin embargo, el sacrificio o devoción al deber mostrado por las mujeres lo que ha sorprendido al mundo; estas cualidades que acaban de mostrarse en un grado superlativo, siempre han sido consideradas como atributos femeninos. Lo que se destaca con más brillo en el cúmulo de hazañas de la mujer de estos últimos tiempos y lo que infunde mayor esperanza en su definitiva emancipación es el inteligente uso de estas virtudes dirigidas hacia un objeto común. Las mujeres del pasado sólo vivían para aquellos relacionados con ellas por lazos

de sangre o de sentimiento. Su familia y amigos constituían un círculo mágico alrededor de una mujer, más allá del cual ella solía no aventurarse jamás ni siquiera con el pensamiento. Pero durante la guerra hemos estado trabajando por un mundo más grande. Nuestras ideas se han desarrollado sobre líneas más amplias y todo interés individual fue subordinado a los grandes ideales colectivos. Después de cuatro años de pensar y actuar de este modo, las mujeres de los países beligerantes no querrán, probablemente, volver al antiguo individualismo que prevalecía anteriormente. Este nuevo hábito de pensar me parece que es la ganancia más alta que las mujeres han obtenido en la guerra.

... ..

“Otra de las grandes ventajas de la guerra ha consistido en que la mujer ha desarrollado gradualmente un respeto nuevo para la otra mujer su semejante. En las plantas de municiones, en los hospitales, cantinas y talleres de costura, donde las mujeres de encumbrada posición social han trabajado al lado de las mujeres pobres, cada clase de estas mujeres quedó sorprendida al conocer la otra y un fin común fue despertando en ambas lo que había de bueno en el fondo de unas y otras. La duquesa que ha lavado las heridas de un soldado y el soldado que ha contemplado el trajín incesante y la bondadosa disposición de la duquesa enfermera han de ayudar necesariamente al establecimiento de una futura armonía entre el rico y el pobre.

“Pero si algo es cierto en el mundo, nada lo es tanto como el hecho de que no volveremos nosotras a emplear nuestro tiempo en la forma frívola en que lo solíamos hacer en una era ya muerta. Habrá sin duda nuevamente vida social, pero será más sencilla, menos aparatosa y convencional y basada en una confianza y sinceridad mutuas, en lugar de aquel exhibicionismo e inquietud infantil de que dimos muestra antes.

### El sufragio femenino en Francia

(Párrafos de una carta del corresponsal en Francia del “Christian Science Monitor”)

“Todos los síntomas en Francia indican que la cuestión del sufragio femenino está a punto de producir una de las más interesantes y agudas controversias políticas que hayan ocurrido aquí jamás. Ante todo, en-

tiéndase bien que de la misma manera que la mujer francesa en muchas de sus características difiere de la mujer de otros países civilizados, así la cuestión del sufragio femenino en Francia difiere en sus caracteres salientes de la misma cuestión en otros países.

“He aquí algunas de las principales consideraciones que juegan papel en el asunto y que probablemente lo harán muy agudo dentro de cierto tiempo. Uno recuerda que cuando la primera mujer americana que apareció en el Parlamento de los Estados Unidos, en Washington, Miss. Rankin, rompió a llorar cuando se vió obligada a votar en la cuestión de la guerra, los mejores periódicos de Francia tomaron cuidadosa nota del incidente y aseguraron a Miss Rankin que apreciaban sus sentimientos y simpatizaban con ellos, pero al mismo tiempo estos periódicos—«Le Temps» entre ellos—se aprovecharon del incidente para esgrimirlo como un argumento contundente contra el sufragio femenino, asunto que apenas había sido más que mencionado en Francia y que estaba muy lejos todavía de volverse una cuestión parlamentaria. Se arguyó que la mujer americana era probablemente tan despejada, hábil y competente como cualquiera otra del mundo y que, sin embargo, en esta gran crisis mundial, lo mejor que se le ocurrió hacer fue el estallar en sollozos. Y de esto se hacía hincapié para alegar que la mujer no estaba hecha del mismo material del hombre y que nunca lo estaría y que su sitio era el hogar, en tanto que al hombre le correspondían las tareas fuertes del mundo.

### Indiferencia de la mujer francesa

“Pareció que la mayor parte de las mujeres francesas aceptaban este criterio. En Francia, según opinión general, la feminidad está muy altamente desarrollada en la mujer, la que manifiesta poca inclinación para los asuntos políticos, y entre todas las mujeres es más cierto de ellas que de las de otros climas que su sitio es el salón y el hogar. Además, una de las fuerzas nacionales de Francia es la mujer del campo, que trabaja espléndidamente por su casa y es más hacendosa que la mujer de cualquiera otra clase o nación. Sus economías han sido de gran provecho a Francia en varias ocasiones de gran trascendencia histórica. Cuando se manifiesta que esta mujer es esencialmente de la clase que debiera

tener el voto, la respuesta no se hace esperar en el sentido de que ella no lo desea, y esto es probablemente cierto. El sentimiento francés es en general más contrario al sufragio femenino que el de los países anglo-sajones.

“Por otra parte, hay ciertas sociedades de sufragio femenino en Francia, de igual modo que en otros países, y éstas manifiestan a veces considerable actividad. Pero carecen de la energía propulsora que tienen en otras partes. Durante la guerra hubo naturalmente algún cambio en este estado de cosas, porque las mujeres fueron a los talleres y se interesaron más en las cuestiones políticas. La agitación por el voto se hizo un poco más viva, pero no tanto como podría imaginarse. Nunca llegó realmente a ser una cuestión parlamentaria de primer orden y uno no la oía sonar sino a la apertura del Congreso, cuando hombres como Mr. Siegfried prorrumpan en loas para las mujeres de Francia por la parte que habían tomado en el conflicto y declaraban que ellas habían conquistado el derecho pleno de ciudadanía y sufragio. Diputados y Senadores aplaudían con más o menos entusiasmo, y ahí quedaba la cosa. Se consideraba más bien como una cuestión académica. Últimamente se la ha asociado con algunas otras, como, por ejemplo, el problema del alcohol, pues se alega que si las mujeres tuvieran el voto, ellas influirían poderosamente a favor de fuertes reformas de este carácter.

### Voto condicional

“Este es el estado de cosas con respecto al sufragio femenino en Francia en el momento en que este asunto ascende a la categoría de cuestión parlamentaria de gran importancia. Lo primero que se oye de ver es una gran diferencia de opinión entre el Senado y la Cámara. La comisión del sufragio universal, de la cual es presidente Mr. Alexander Varenue, informó a favor del voto para la mujer, pero limitándolo a las elecciones municipales y no a las generales. Otra proposición presentada casi al mismo tiempo, y fuertemente apoyada, es la de que sólo se le conceda el voto a aquellas mujeres cuyos padres, hijos o hermanos hayan perecido en la guerra.

“Al principio se trató de que la cuestión del sufragio femenino entrase a formar parte del plan general de reformas legislativas, pero después de discutirse el punto

se acordó dejarla aparte de manera que su resolución en un sentido o en otro no afectase a las demás medidas incluidas en el plan de reformas.

“El Senado, entre tanto, obedeciendo a cierta presión y viendo o que se le venía encima, se dispuso a actuar con antelación y nombró una comisión especial para que estudiase la cuestión, la cual comisión ha rendido un informe completamente adverso a la idea del sufragio femenino, apelando al viejo argumento de que las mujeres tienen una mejor y más alta misión que desempeñar en el hogar que la de mezclarse en las luchas políticas; alegando también la comisión que en los distritos provinciales las mujeres no desean el voto, que había cuestiones más urgentes ante el Congreso, y que, de todos modos, no existía prisa para debatir la cuestión del voto femenino.

## El sufragio femenino en el Senado de Francia

Con fecha 26 de Julio, el mismo corresponsal del periódico americano ya citado, escribe otra carta en la que comienza por hablar de la sorpresa causada entre los senadores de Francia por la actitud de la Cámara de Diputados, pronunciándose en favor del voto para las mujeres no obstante el alegato en contra que los miembros de la comisión del Senado habían dado a conocer.

No puede haber duda de que el Senado está fuertemente en contra del movimiento sufragista. A continuación citamos, para dar más clara idea del estado del asunto en Francia, opiniones de algunos de los más significados miembros del Senado. Empecemos por Mr. Bepmale, quien ha dicho: «Voto para las mujeres? Pues no faltaba más! La idea es ridícula! En todo caso, si ha de haber algo de esto, ciertamente que sería una locura concederles a las mujeres la papeleta electoral en los municipios. Si las mujeres pudieran tomar parte en las elecciones municipales, pronto quedarían dueñas de todos los Ayuntamientos del país».

Ahora oigamos a Mr. Regismanset: “Tenemos bastante que hacer ya con las cuestiones electorales que están pendientes, para ponernos ahora a tratar del voto de las mujeres. Hay muchas cuestiones planteadas en el presente momento mucho más

importantes para el futuro de Francia. La hora actual no es oportuna para ideas de esta clase.”

Cuanto a Mr. Vieu, he aquí lo que nos dice: “Soy terminantemente contrario a esta idea. No es este el momento para experimentos de esta clase.”

Mr. Cazeneuve no es tan intransigente. Oigámosle: “Me reservo mi opinión, porque me estoy preguntando a mí mismo hacia donde vamos. Se nos dice que debemos resolver urgentemente la cuestión de la reforma electoral. Y hemos perdido un millón y medio de nuestros soldados. La situación tiene que despejarse bien antes que las mujeres conquisten su derecho electoral.”

Otro Senador eminente, Mr. Delahaye, ha declarado: “que sólo está dispuesto a considerar como electoras a aquellas mujeres cuyos padres, maridos y hermanos hayan sido víctimas de la guerra y aún a estas sólo con carácter provisional, hasta que la situación política se consolide.”

Estas opiniones, nos asegura el corresponsal que representan las de una gran mayoría del Senado. Pero hay, según él, algunos Senadores que sin estar abiertamente en contra de la idea establecen reservas en su aplicación. Y cita a Mr. Aguilón, quien ha manifestado que la reforma no es urgente y que “en las provincias, las noticias referentes al sufragio femenino han sido recibidas sin ningún entusiasmo por las mujeres.”

Igual actitud ha asumido Mr. Steeg, según se desprende de sus palabras: “Yo admito en principio—ha dicho—que las mujeres deben tener derechos electorales, pero deseo que esa reforma importante se vaya haciendo por etapas.”

También nos habla el corresponsal de Mr. Maurice Ordinaire, quien declara: “Hace mucho tiempo que yo soy partidario del sufragio femenino, pero me gustaría que las mujeres manifestaran su opinión en alguna forma en este asunto; me gustaría que se las consultara cuando se las requiera para que escriban sus nombres en las listas electorales.”

Otro Senador, Mr. Ranson, se presenta todo asustado, murmurando: “Debemos tener mucho cuidado... Debemos estudiar muy detenidamente una reforma de esta clase, que constituye un verdadero salto en lo desconocido.”

### Hay un pequeño grupo a favor

No todos son contrarios. Hay un grupito de Senadores que está resueltamente en favor. Son pocos, pero se hacen sentir. Uno de ellos es el escritor Louis Martin, que hace tiempo viene abogando por los derechos de la mujer, poniendo en este asunto más entusiasmo, según han observado algunos periodistas, que las mujeres mismas. "Me inclino a creer—ha dicho él—que el Senado por su intransigente actitud en esta materia, ha contribuido en gran parte al estado de cosas que estamos viendo en este momento y a la decisión de la Cámara. Por otra parte, espero que la gran mayoría que a favor del voto femenino hay en la Cámara, hará impresión en mis colegas y que últimamente éstos se decidan a tomar el asunto en serio."

Otro Senador ilustre, Mr. Flaissieres, ha dicho: "Apruebo enteramente la resolución de la Cámara. Las mujeres tienen grandes cualidades de devoción y generosidad, y su criterio es tan valioso como el del hombre. Ellas se prepararán para la plena comprensión de los asuntos públicos rápidamente."

### El voto para las familias.—La profesía de Lamartine

Pero a la cuestión del sufragio femenino ha venido súbitamente a mezclarse otra cuestión electoral: que a primera vista parecía quimérica, pero que poco a poco ha ido adquiriendo proporciones que la ponen en primera línea entre los problemas que agitan hoy la opinión francesa. Esta cuestión, nos dice el corresponsal, ha venido a ocupar en los ánimos de los políticos un lugar más conspicuo que la del mismo sufragio femenino.

Hace sesenta años el poeta, orador y político Lamartine lanzó esta profesía: "Vendrá el día, de ello no tengo duda, en que el padre de familia posea tantos votos en las urnas como personas—viejos, mujeres y niños—haya en el seno de su hogar, ya que en una sociedad mejor construída no es el individuo sino la familia lo que constituye la unidad social permanente. El individuo pasa, la familia queda. El principio de conservación social está ahí: se le desarrollará, dándole a la democracia tanta estabilidad como la que tiene la monarquía."

Y nos cuenta el corresponsal que en la Cámara, durante el debate sobre el sufragio femenino, el Diputado Rouleaux Dugage trajo al tapete por la primera vez esta

cuestión, proponiendo que se le diera el voto "a todos los ciudadanos franceses sin distinción de sexo ni edad y que en el caso de las familias el padre gozase de la prerrogativa electoral por sí, y en representación de todos los miembros de su familia bajo su mismo techo, exceptuando los hombres mayores de edad." Para esclarecer más el punto, Dugage presentó como ejemplo una familia compuesta del jefe de la casa y seis personas más—no varones en edad de votar—ni mujeres con derecho al voto, quizás—y sostenía que el cabeza de familia en este caso debería tener siete votos en lugar de uno como tiene ahora.

Mr. Dugage alegó en apoyo de su proposición: "Toda persona que goce de la nacionalidad francesa, sea cualquiera su sexo o edad, posee un derecho al sufragio político que no es más que el corolario de su personalidad civil. El padre de familia ejerce el derecho de sufragio para sí mismo y para todas las personas legalmente colocadas bajo su autoridad civil, es decir, para su esposa legítima y para sus niños de ambos sexos menores de edad."

### El voto de familia

Esta cuestión se viene designando en Francia con el nombre de «vote familial» y el diputado Dugage dice que tiene por objeto el sufragio universal integral y que lo realiza como ningún otro sistema podría hacerlo, en tanto que el sufragio integral en esta medida está muy lejos de aplicarse en Francia hasta el presente, como se puede ver con facilidad. Las reformas electorales que hasta aquí se han acordado—sigue diciendo Dugage—han sido casi enteramente meras reformas de procedimiento, pero la base del sistema electoral ha permanecido la misma. Y así nos encontramos—continúa—con el hecho sorprendente de que, aunque hay 38 millones de franceses, sólo 11 millones de ellos poseen el voto, y estos son los mayores de 21 años—en tanto que las mujeres y los niños no tienen acceso de ninguna clase a la urna electoral. Pero lo raro del caso no es esto, sino que cuando esos once millones de votantes se analizan debidamente, el derecho y el buen sentido aparecen todavía más ultrajados. De estos once millones de votantes que había antes de la guerra, unos siete millones eran, o bien solteros, o bien padres de uno o dos niños solamente, en tanto que cuatro millones eran padres de familias compuestas de tres o más niños. Los siete millones de la clase ante-

rior representaban solamente unos diez y seis millones de habitantes y así poseían un voto por poco más de cada dos personas, en tanto que los padres de grandes familias que representaban aproximadamente veintitrés millones de individuos sólo disponían de un voto por cada seis personas.

“Mr. Dugage declaró no sin razón—concluye el corresponsal—que la Cámara no podía menos de ver la injusticia que esto significaba, ya que nada podía haber más contrario a los ideales del derecho electoral democrático y aun a los intereses mismos del país, cuyo porvenir provenía del porvenir de la familia francesa. Sostuvo que él tenía en su plan un remedio para el cruel e ilógico estado de cosas que permitía que un padre de familia caído en la guerra dejase a los suyos privados de todo poder electoral y agregaba que en su proposición él solamente aplicaba al orden político lo que ya está en vigor en la ley civil francesa, ante la cual todos los ciudadanos, sea cualquiera su edad o sexo, poseen iguales derechos y la sola diferencia entre unos y otros está en los métodos para la aplicación de tales derechos.

“Esta proposición ha puesto muchos a pensar detenidamente sobre el asunto de si la participación concedida en los asuntos públicos a las familias francesas es suficientemente grande y si ésta, la familia, tiene un lugar adecuado en la ley francesa y en sus concepciones políticas.”

La proposición de Dugage fue separada de la proposición sobre el sufragio femenino por 219 votos contra 200, y así resulta que para traerla de nuevo a debate deberá venir separadamente como una medida especial. Pero el hecho de que en esta primera presentación, cuando la Cámara en cierta medida fue tomada por sorpresa, obtuvo nada menos que 200 votos a su favor, indica la simpatía con que ha sido recibida y el probable criterio que decidirá de ella en el porvenir.

### La victoria del sufragio en la Cámara de Diputados de Francia

La propaganda de las varias sociedades feministas de Francia fue coronada con una espléndida victoria en la Cámara de Diputados, ya que al ponerse a votación la cuestión del sufragio para la mujer, triunfaron los partidarios de éstas con una mayoría de

344 votos contra 97. La ley del sufragio femenino la presentó en la Cámara el Diputado Jean Bon.

### Dos eminentes políticos abogan por el voto para la mujer

Otra victoria de las mujeres francesas consiste en el formidable apoyo logrado para su causa con la resuelta adhesión de los dos famosos caudillos políticos Messrs. Viviani y Briand, ambos ex-Premiers, quienes han manifestado su intención de influir en el Senado para contrarrestar el reaccionarismo de la mayor parte de los Senadores, cuya hostilidad manifiesta al voto femenino ya hemos visto en las notas que preceden.

### El discurso de Mr. Viviani

Mr. Viviani pronunció en el Senado uno de sus más elocuentes discursos en favor de la mujer.

“Cuatro revoluciones políticas—dijo—han hecho los hombres por su libertad, sin que se hayan preocupado jamás de ninguna innovación que acabe con la injusticia e iniquidad que oprime a la mujer. ¿Ha de ser la República Francesa la última nación en adoptar ese derecho del sufragio femenino que otras naciones ya han reconocido? Nosotros no tenemos ninguna razón para sentirnos tan orgullosos de la dirección unilateral que le hemos dado a la vida pública del país. ¿Qué hemos hecho hasta ahora para asegurar la aplicación de las leyes de la higiene pública o para luchar eficazmente contra el alcoholismo? En bien de la dignidad de la República, yo os pido que votéis por esto. Y os lo pido al día siguiente de la guerra. ¿Hemos de permitir que la mujer, que durante cuatro largos años arriesgó su vida y ofrendó en todas partes el doble consuelo de su caridad y de su belleza, encuentre a los hombres, a hombres republicanos, dispuestos a olvidar lo que ha sido siempre el idealismo de la República?”

El discurso de Mr. Viviani fue ruidosamente aplaudido. Luego habló Mr. Briand, cuyo discurso aunque no tan bello de estilo, poseía una fuerza de lógica irresistible. Una de las cosas que impresionaron más en sus labios, fue la declaración de que “Francia ha sido muchas veces culpable de abrir camino al progreso de otros países mientras

se ha olvidado de labrar el suyo propio." Se pronunció también fuertemente en contra de las reformas parciales, afirmando que la igualdad política del hombre y de la mujer era cuestión que no admitía términos medios, que sólo podía resolverse en la afirmativa.

### Actitud de los poilus

Los soldados franceses, que han tenido tantas ocasiones de ver a las mujeres trabajando en el frente—en los hospitales, en ciertos pueblos abandonados donde reemplazaron a las autoridades con una competencia que asombró a todos, y en los campos de labranza, donde modestamente, sin un sólo murmullo, lograron el milagro de asegurar la cosecha—se han manifestado ardientes partidarios de la emancipación política de la mujer. Es un hecho éste al cual el Senado no podrá menos de concederle la importancia que encierra, especialmente ante el creciente descontento que en el seno del pueblo se viene manifestando contra los políticos en general.

### Marie Verone

Este es el nombre de la mujer que ocupa el cargo de presidenta de la «Ligue des Droits des Femmes», que es la asociación sufragista que viene distinguiéndose en Francia por sus incesantes campañas en pro del sufragio. Marie Véronne posee el título de abogada y es de una gran competencia. Ella no niega que la lucha con el Senado francés será larga y dura, pero a pesar de todo se manifiesta "segura del porvenir, con la ayuda de todos los fervientes defensores del sufragio femenino en Francia." Declara ella que el argumento de «la mujer para el hogar» con que los Senadores se oponen a las demandas de las feministas, no la sorprende en lo más mínimo, pues esta objeción ha sido ya presentada y discutida desde hace muchísimo tiempo. Pero ¿qué decir de aquellas mujeres que nunca han de tener ya verdadero hogar? En su opinión, no es el feminismo, sino las condiciones económicas y los cambios ocurridos en las tareas femeninas, los factores que han obligado a las mujeres y a las muchachas jóvenes a dejar el techo de la familia. Estas mujeres que han sido así lanzadas al mundo, necesitan ayuda. ¿Quién las habrá de ayudar si no las mismas mujeres? Considera ella que el sufragio femenino en los países donde existe, ha ejercido una influencia seña-

lada en bien de la cultura general y en este momento en que Francia necesita de todas sus capacidades y energías para reorganizarse y levantarse de sus ruinas, las mujeres tienen necesariamente que colaborar con los hombres en las grandes reformas sociales de que depende el porvenir francés. Por medio del voto, las mujeres francesas lucharán contra el alcoholismo, combatirán la mortalidad infantil y le impartirán mayor bienestar a la vida de la familia.

Tal es la forma en que el feminismo francés responde a las venerables momias del Senado. Veremos quien vence a quien.

### Las mujeres inglesas en el servicio policiaco

La cuestión del servicio de las mujeres en el ramo de la policía se ha convertido en Escocia es una de las más importantes del país. Hace poco, en una convención de Ayuntamientos escoceses, se tomó el acuerdo de que «se consulte a todos los municipios acerca de la conveniencia de que en sus cuerpos de policía local se le dé entrada a la mujer».

Un representante del «Christiam Science Monitor» visitó hace poco a la señorita Edith Tancred, directora de la escuela escocesa preparatoria de mujeres para el servicio de policía, y le hizo preguntas acerca del estado actual de esta nueva forma de actividad femenina en Escocia.

Miss Tancred comenzó por decirle que el movimiento había tenido su origen en la formación de patrullas de mujeres voluntarias por la Unión Nacional de Obreras, en Octubre de 1914. La presencia de tantas muchachas en la vecindad de los nuevos campamentos impuso este trabajo.

Durante los últimos cuatro años la labor de estas patrullas ha venido revelando ciertos males muy alarmantes, como, por ejemplo, la condición de las calles en los pueblos grandes, el serio incremento que se observa en los delitos juveniles y el estado deplorable de corrupción a que han llegado ciertos elementos jóvenes de todas las clases. La necesidad de dar pasos para ayudar al remedio de estos males nos llevó a la idea de que sólo un cuerpo de policía femenina podría dar cumplimiento a nuestros deseos de mejoramiento en este respecto. En Londres las autoridades sancionaron el establecimiento del cuerpo de policía femenina y muchas de nuestras mujeres fueron luego empleadas para hacer labor de policía en las plantas de municiones dirigidas por el Ministro de Municiones. Y así llegó a haber

un total de 464 mujeres dedicadas al servicio policiaco en todo el país, esto sin hacer mención de las patrullas que hacían servicio local en los pueblos.

Con respecto a la preparación necesaria para el trabajo, Miss. Tancred manifestó que la duración del curso era de tres meses y la enseñanza consistía en asistir a los tribunales de policía y a conferencias sobre derecho penal y asuntos sociales. Se les instruía también en la redacción de noticias, procedimiento y medios probatorios y al mismo tiempo hacían ejercicio militar en el grado necesario para el servicio policial.

Escuelas de esta clase existen en Bristol, Liverpool y Escocia.

### La paga de la policía

Con respecto a sueldo, las inspectoras de policía reciben en Londres de 40 a 50 chelines por semana, con uniforme y gastos de viaje. Las sargentos reciben 40 chelines, también con el uniforme y gastos de viaje. En las provincias la paga de las inspectoras varía de 2 a 3 libras por semana. Las mujeres que hacen el servicio de policía en la línea ferroviaria del Norte, reciben la misma paga que los hombres.

### ¿En qué consisten sus servicios?

Acercas de la clase de servicios que prestan las mujeres policías, Miss. Tancred dijo que principalmente tenían que ver con los delinuentes menores de edad y mujeres. Sin embargo, el radio de sus servicios es muy extenso. Ellas tratan siempre de proteger a las muchachas y a los niños de ser molestados, de mantener el orden en los sitios públicos, velar por las mujeres y los niños en las calles y en las estaciones de trenes, practicar investigaciones de todas clases en casos criminales en que están envuel-

tos niños y mujeres, estar presentes en los tribunales durante el juicio de estos casos y encargarse de cumplir los mandamientos de las cortes en materia de registros domésticos.

### Ventajas de la mujer policía

La señorita Tancred habló luego de las dificultades que se oponen al progreso de esta medida social en las ciudades grandes y sostuvo que uno de los mayores obstáculos provenían de la ignorancia del público en general sobre las condiciones en que se aplican actualmente las leyes penales.

“El proceso del arresto, denuncia, encierro en las celdas policiacas, custodia en estas celdas, la comparecencia luego ante el tribunal, el juicio, juntamente con la investigación necesaria para enterarse de los hechos y reunir la prueba: todo esto era exclusivamente hecho por los hombres; policías, abogados y jueces. En casi todos los otros órdenes de la vida se les permite a las mujeres tomar a su cargo el cuidado de las de su sexo y participar en todo lo que afecte a los niños. Es solamente en el ramo de la policía que estos deberes han sido enteramente confiados a los hombres hasta que hizo su aparición la mujer policía.”

Terminó Miss. Tancred sus interesantes informes manifestando que “en Inglaterra la cuestión del servicio de la policía por mujeres ha pasado ya del estado experimental, considerándose ya la cuestión como definitiva y victoriosamente resuelta. En Escocia el movimiento está sólo empezando, pero la opinión pública se educa de día en día y está cada vez más inclinada en favor de la reforma. El hecho de que la cuestión se haya debatido largamente en el seno de la Convención de Ayuntamientos Escoceses, es la mejor prueba de lo que digo.”

